

ZAGAL, HÉCTOR. *Retórica, inducción y ciencia en Aristóteles.* Publicaciones Cruz O., México, 1993. 412 pp.

Retórica, inducción y ciencia en Aristóteles es sobre todo —como señala el subtítulo— un estudio de la teoría de la *epagogé*. Se entiende, sin embargo, el título ya que el tratamiento de la *epagogé* es piedra angular para conocer la teoría del conocimiento de Aristóteles en toda su amplitud: como proceso argumentativo convincente, como ciencia. Toda la ciencia aristotélica y el conocimiento en general están basados en la adquisición de los principios y éstos —según intenta dejar claro Zagal— son conocidos mediante actos epagógicos. La *epagogé* como acceso a los primeros principios fundamenta el resto del conocimiento.

Retórica, inducción y ciencia es una investigación profunda y minuciosa de la *epagogé*. Se le estudia desde todas sus perspectivas posibles: retórica, dialéctica, ciencia y metafísica; sin dejar así de considerar ningún aspecto que pueda aclarar la cuestión.

La principal tesis de Zagal es

que la *epagogé* es una noción analógica, a su vez apoyada en el carácter analógico de la noción de conocimiento sustentado por Aristóteles. Zagal deja ver claramente cómo para Aristóteles conocer y ciencia no se dicen sólo según el modo demostrativo de las matemáticas sino que, incluso, existe un gran rango argumentativo que no es ni siquiera semejante a ese tipo de conocimiento. Para explicar esto usa una atinada comparación al decir que —para Aristóteles— si se considerara el saber total, tendría que ser como una enciclopedia en donde cada tomo estuviera escrito en un lenguaje diferente. Nunca sería una enciclopedia como intentarían conseguir algunos idealistas, en donde toda la verdad estuviese contenida en un sólo tomo y escrito en un solo lenguaje —muchas veces el matemático—. Al ser tan diversos los modos de conocimiento se entiende que el conocimiento de los principios no pueda ni tenga que ser por vía demostrativa. El autor intenta explicar cómo es esa vía.

Zagal defiende que para el conocimiento de los principios Aristóteles, no puede dar cabida a

un innatismo donde se tengan *a priori*, ni una omniapodíctica donde todo sea demostrado. Los principios no son ni innatos ni demostrables, debe de haber un camino diferente, y esto es la *epagogé*.

Sin embargo, en el fondo tengo la impresión que el propósito último y velado del libro no es probar esto simplemente, sino ver que existe un acto cognoscitivo que sirve como "condición de posibilidad" para una ciencia metafísica; y esto simplemente desde el momento en que la metafísica se encarga de los principios y la *epagogé* sería el acceso a ellos; y al mismo tiempo que no es posible interpretar la *epagogé* sin una fuerte carga metafísica.

Los argumentos que tratan de sustentar estas tesis son obtenidos mediante un análisis minucioso de todo el *corpus* aristotélico. Sin embargo este análisis supone grandes dificultades pues, como dice el mismo autor, es difícil encontrar una teoría completa de la *epagogé*, encontrar las ideas aristotélicas originales acerca del tema, y es que, aunque sea sorprendente, Aristóteles lo trata muy poco. Zagal propone varias

opciones para explicar por qué esta sorpresiva omisión, pero él opta por decir que, al estilo lacónico Aristotélico de siempre, se añade quizás el hecho de que el filósofo consideró tan clara la cuestión que por ello no ahondó más.

Al decir Zagal que la *epagogé* no es demostrativa no la acepta como un acto intuitivo, intrasubjetivo e imposible de defender. La *epagogé* se puede entender y tratar de una manera racional, y eso es lo que intenta hacer a lo largo de los capítulos tocando los siguientes temas: La *epagogé* en la dialéctica, la *epagogé* en la retórica, la *epagogé* en la ciencia y finalmente la *epagogé* en la metafísica y la ética.

Al tratar el primer punto deja claro que hay una *epagogé* dialéctica que trata de lo plausible pero no porque la *epagogé* implique en sí plausibilidad sino porque ésta siempre viene dada en cualquier argumento por la materia que trata y no por su forma. La *epagogé* dialéctica es plausible no por ser *epagogé* sino por su materia. Esto acaba por concluir que en realidad no hay varios tipos de *epagogé*: una

dialéctica, otra científica... sino un sólo acto que puede versar sobre diferentes materias y así hay que entender su carácter analógico. La *epagogé* dialéctica al versar sobre materias plausibles tiene cierta modalidad de verificación y persuasión.

La *epagogé* no es lo contrapuesto al silogismo. Hay verdades que pueden ser conocidas por ambas vías e incluso hay un silogismo inductivo. Cabe decir que Zagal usa el término "*epagogé*" para no incurrir en reduccionismos tales como circunscribir este acto cognoscitivo al ámbito de una inducción como la de Stuart Mill, por ejemplo.

Al tocar la *epagogé* retórica, Zagal toma el tema del paradigma que a su vez compara con la analogía. Ambos se basan en la consideración de la semejanza; pero las relaciones son confusas. Zagal presenta a la analogía como una relación entre dos términos proporcionalmente semejantes, y al paradigma como uno de los términos de una relación de semejanza. El paradigma va de una relación a otra, la *epagogé* va de instancias (que son relaciones) al universal. La

epagogé surge de la semejanza analógica.

El paradigma supone una *epagogé* aunque sea imperfecto como argumento formal. A este respecto parece que Zagal comparte la idea de Parelmann de que en los raciocinios no formales no es posible hablar de invalidez; un sistema de lógica informal admite argumentos de lógica informal y la apreciación del valor de los argumentos depende de la metodología adoptada. Esto evidentemente trae complicaciones aunque resuelva otras.

La analogía como comparación está íntimamente ligada con la *epagogé*, sin embargo no se confunden. La analogía llega a una proposición particular y la *epagogé* a una proposición universal. En la analogía hay un universal compartido entre ambos términos por algo común y lo que hace que haya unidad en ella viene por la *epagogé*. En este momento del libro se empieza a ver cómo la *epagogé* entra en el conocimiento de los principios: por ejemplo, la noción de acto que es una noción principal no puede definirse ni demostrarse, pero eso no obsta para que pueda conocerse, para que se entienda

“..*así como un niño distingue entre lo vivo y lo muerto y no lo sabe definir...*”. Este tipo de conocimiento y cómo sea posible es lo que quiere dejar claro el libro.

Después, sigue el tratamiento de la *epagogé* con relación a la ciencia. Cuando se piensa en ciencia se piensa en demostración pero sobradamente se sabe que para que haya demostración tiene que haber algo indemostrable. La *epagogé* —dice Zagal— alcanza eso indemostrable, ella misma no es demostrable (excepto el caso de la inducción completa que es algo extraño dentro de la lógica formal y que es considerada por Zagal como un acto deductivo y no epagógico). Así, la *epagogé* está al principio de todas las ciencias. Para esto Zagal hace un análisis muy detallado y valioso de cómo se refiere y usa Aristóteles la *epagogé* al hacer sus tratados de las diferentes ciencias: biología, física, matemática, astronomía... En general encuentra que en los momentos epagógicos siempre hay un paso inexplicable lógicamente, que se trata de un proceso inmediato, que va de lo menos universal a lo más universal, que constata

semejanzas entre singulares y que prepara la materia de la definición sin ser ella misma el paso que define. Explica, en fin, que el ámbito de la *epagogé* es el psicológico y no el lógico.

Zagal es objetivo y evidentemente acepta que hablar así acerca de una noción tiene un aire de “*misteriosa caja negra*”. Es asegurar algo que tiene como una de sus características el que no se puede demostrar. Admite que es una explicación postulada, y este es el punto álgido del libro: por qué o cómo haya de aceptarse esa postulación.

Para Zagal, Aristóteles es vulnerable, pero más lo son los que no admiten un acto que implica pasos indemostrables pero que permite que haya demostraciones. Aristóteles fundamenta la demostración en un terreno no demostrativo y Zagal se dedica a defender este proceder. No es una solución ilógica, sino mas bien a-lógica. Zagal hace una excelente justificación con el mismo grado de claridad que guarda a lo largo de toda la obra: La *epagogé* se acerca al solipsismo, no hay paso lógico que la justifique y, sin embargo, quien no la acepte cae en

contradicciones, y sobre todo, dejaría de explicar por qué la ciencia así apoyada sirve de hecho.

El último paso del libro es el estudio de la *epagogé* con relación a la metafísica y la ética. La metafísica es ciencia y también es conocimiento de principios; y en cuanto esto último es *nous*. La *epagogé* es acto del *nous* (pero no sólo). El acto del hábito de los primeros principios es la *epagogé*; este acto se reconoce en diferentes momentos de la filosofía aristotélica. En cuanto es acto del *nous* la *epagogé* es infalible y esto —en efecto— da la impresión de postularse dogmáticamente. Así tiene que ser, según el planteamiento de Zagal. Pero eso no quiere decir que la *epagogé* sea algo mágico, también hay *epagogé* plausible. Zagal sabe separar ámbitos.

Y precisamente eso es lo más meritorio del trabajo a mi modo de ver. Ante todo, hace distinciones aclaratorias, especifica los límites. Límites —por ejemplo— de qué es demostrar y qué no lo es, qué es lógico y qué no, qué es conocer y qué no lo es y todas estas nociones respetándolas él mismo sin nunca concluir

más de lo que estrictamente le es posible concluir.

El libro se caracteriza por un tono realista, en el cual, del mismo modo que se exalta la importancia de la *epagogé* se dice que no es lo único importante. Una constante a lo largo de toda la obra es el intento de encontrar, tomar y escudriñar hasta el fondo las fuentes en su verdadero sentido. El autor considera que la contextualización es lo distintivo de su trabajo. Sin un exceso hermenéutico, nunca deja de contemplar los textos a la luz del contexto. **Retórica, inducción y ciencia** es un buen estudio para comprender la teoría del conocimiento y de la ciencia aristotélicas desde las fuentes mismas y "*tratándolas con gran erudición*", como dice Beuchot en el prólogo. Zagal ha sabido quitar prejuicios e irse a las fuentes. Su éxito está en hacer distinciones y cuando el asunto se presenta muy confuso usa ejemplos que esclarecen o aportan una gran cantidad de referencias.

Me parece, sin embargo, que estas virtudes a veces ocasionan que no se satisfaga el deseo del lector de tener una idea clara del tema o también el deseo de

entender la real postura del autor ante el asunto. Da la impresión de que esto se debe a que la "prudencia profesional" no deja a Zagal ir más allá y pronunciarse categóricamente por una u otra afirmación. Tanta distinción en ocasiones puede dejar una confusión mayor que la que se tenía antes, si no se unifican sentidos después. Y esto por más de que las distinciones puedan deberse a la riqueza de la realidad y a la dificultad del tema.

También me parece que — aunque ayude a contextualizar— en determinados momentos se ahonda demasiado en los más remotos orígenes y relaciones de la cuestión, ocasionando que sea posible perder la continuidad en el estudio; por ejemplo, cuando se dedica al tratamiento del hecho retórico.

No obstante esto también puede verse como consecuencia de la riqueza de la investigación. La información de todos los capítulos es realmente rica. Es un estudio que, puede decirse con justicia, agota las opciones naturales de acercamiento al tema de la *epagoge*. La calidad y la coherencia son óptimas, sobre todo si se recuerda que es muy

difícil tratar de hacer una teoría completa y objetiva de los lacónicos textos de Aristóteles. Y no sólo presenta los textos de manera completa sino que los comenta, contrasta entre sí, refiere a cualquier autor que haya tenido algo que decir sobre el tema, incluso citando referencias que contradicen sus propias tesis.

Entre las ideas que más me atrajeron, está la de plantear una diferencia entre consideración lógica y psicológica ante el hecho del conocimiento y en concreto de la distinción de operaciones. Definitivamente asienta que el paso de la *epagoge* es lógicamente inexplicable, se trata mas bien de un hecho psicológico muy difícil de entender —como todo hecho de este tipo que se entiende sólo por sus objetivaciones—. A partir de lo cual, Zagal parece plantear la posibilidad de que la distinción entre abstracción y juicio sea sólo lógica, siendo en realidad lo mismo operativamente. Esto debido a que es imposible saber qué es algo, ignorando si es. Así en la *epagoge* hay confusiones al tratar de distinguir si se encamina hacia la proposición o hacia el concepto.

Además expone la idea novedosa de una *epagogé* no sólo como ascenso, sino también como descenso, aumentando así la tradición escolástica. Plantea el problema de que no sólo hay que explicar cómo se ve el universal a partir del singular, sino también cómo se puede regresar al singular. Zagal cree ver en la *epagogé* el acto que garantiza también la continuidad entre el conocimiento universal y el singular. Se trata de una visión del singular en el universal (y no al revés); el acto epagógico trata de aplicar una circunstancia concreta a un principio universal.

Asimismo me gustó la idea de que la consideración de la *epagogé* puede romper el círculo vicioso que se crea en conocimientos por analogía. Zagal muestra cómo, al conocer analógicamente, puede ocurrir que se quiera explicar algo basándose precisamente en lo que hay que explicar. Este es el caso —por ejemplo— de principios como el acto y la potencia: para explicar el acto Aristóteles dice que es como la sabiduría que ya está en Solón, y la potencia como la sabiduría está en un niño; sin embargo, esto ya está suponiendo

las mismas nociones de acto y potencia. Zagal sostiene que el círculo vicioso se rompe por el acto epagógico, por un acto de intelección inmediata por el cual son conocidas dichas nociones principales.

Sobre todo hay que decir que Zagal no hace un tratamiento de la *epagogé* como si ésta fuera infalible y obra de la magia. Dice mas bien que la mayoría de las veces, la *epagogé* proporciona conocimientos plausibles, aunque eso no quiera decir que siempre sea así.

Me hubiera gustado saber, cómo piensa Zagal que se conoce la identidad y me parece también que no se incluye una definición real de lo que es lo formal.

Pero donde se presentan mis mayores dudas es en el punto en el que Zagal dice que el criterio de evidencia se ha substituido malamente por el criterio de consistencia. Esta crítica no es del todo justa, pues la evidencia también se manifiesta como no contradictoria. Pero sobre todo me da la impresión de que el último argumento de Zagal es de consistencia: aunque la *epagogé* no puede demostrarse, ni ser aprendida intersubjetivamente,

los oponentes no podrán encontrar una mejor opción de explicación. Y eso me parece un argumento de consistencia.

Llama la atención, que Zagal muestra en general a un Aristóteles más escéptico de lo que comúnmente se cree; y que si la solución de Aristóteles en este punto es dogmática, es porque no puede ser de otro modo. "*Las condiciones del conocimiento no puede ser fundamentadas a partir del propio conocimiento*".

En pocas palabras, si se quiere decir lo que caracteriza a esta obra es lo siguiente: una investigación bien documentada que hace una teoría entendible y justificada de los lacónicos textos de Aristóteles, llegando sólo hasta donde se puede llegar. Un estudio objetivo y contextualizante.

María Sepúlveda
Universidad Panamericana

FLAMARIQUE, L. *Necesidad y conocimiento. Fundamentos de la teoría crítica de Kant.* EUNSA, Pamplona, 1991, 261 pp.

Con la finalidad central de abordar el *status* gnoseológico de

la realidad o la realidad del conocimiento, subrayando el sesgo eminentemente moderno de este planteamiento, la presente obra busca esclarecer la interdependencia entre conocimiento y realidad "*con el ritmo propio del pensamiento kantiano*" (p. 9). La autora advierte la sola utilización del instrumental kantiano con el despliegue de sus elementos, las relaciones entre ellos y sus ulteriores implicaciones en otros ámbitos de la filosofía, buscando alejar la exposición de "*términos de comparación extrínsecos, o limitaciones dogmáticas*" (ibidem), para dejar al descubierto únicamente los hallazgos y aporías desde el método de la filosofía trascendental.

Para responder a la pregunta que Kant se hace a sí mismo, ¿qué puedo conocer?, ¿se debe clarificar antes qué es conocer?, ¿cuándo conozco realmente? Es decir, disuelta la sospecha de engaño nos podemos concentrar en el contenido de nuestros conocimientos. Y es entonces cuando la certeza que secunda la desaparición del recelo atañe igualmente a lo conocido *qua*

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.